



LA ECONOMÍA DE LA SOLIDARIDAD, UN CAMINO NECESARIO

**José Durán Lima
Jorge Gonzalorena Döll
Luis Medina Avila**

Santiago de Chile, Junio de 2000

La presente investigación fue realizada por el Grupo de Investigación en Economía Latinoamericana y de la Solidaridad de la Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, conformado por los profesores del área de economía de la Escuela de Ingeniería Comercial de la Facultad de Administración y Economía.

A cargo de la elaboración de los diversos capítulos estuvieron los siguientes académicos: José Durán Lima (Capítulo I y IV) con el apoyo de Eugenia Muñoz Piña y Paula Barria; Luis Media Ávila (Capítulo II); Jorge Gonzalorena Döll (Capítulo III); Jorge Gonzalorena y José Durán (Capítulo V). La revisión formal, organización de capítulos y estilo estuvieron a cargo de José Durán y Jorge Gonzalorena Döll.

La coordinación de la investigación estuvo a cargo José Durán Lima, quien contó con el apoyo de los académicos arriba mencionados y de la ayudante de investigación Paula Ibarra.

Los autores agradecen los comentarios de Soledad Zuleta, Paula Barria, Patricio Guerrero, Roxana Gómez, Guillermo Cavieses y Jorge Irrazabal, quienes participaron activamente en las reuniones de trabajo que dieron origen a la presente investigación.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
INTRODUCCIÓN	7
I. LOS DILEMAS DEL DESARROLLO	11
I.1.- Grandes Paradojas	11
I.2.- Dicotomía	14
II. LA RACIONALIDAD ECONÓMICA	17
II.1.- La Ciencia Económica Tradicional	17
II.2.- La Racionalidad Económica	20
II.2.1. ¿Es el individuo real económicamente racional?	21
II.3.- El homo economicus	23
II.4.- El concepto de egoísmo económico	25
II.5.- El Economicismo neoliberal	26
III. CRÍTICA AL LIBERALISMO ECONÓMICO: EL PENSAMIENTO ECONÓMICO SOCIALISTA	29
IV. POBREZA Y DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA	35
V. NECESIDAD DE UN CONCEPTO	37
VI. TAREAS PENDIENTES	45
VI. BIBLIOGRAFÍA	47

PRESENTACIÓN

En correspondencia con el proyecto institucional de la Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez (UCRSH), que busca hacerse eco de la inquietud de la Iglesia por la creciente deshumanización de la vida en la sociedad contemporánea, la Facultad de Administración y Economía (FAE) y en especial la Escuela de Ingeniería Comercial, han hecho explícita su opción por una “economía de la solidaridad”, al colocarla en el centro de su quehacer académico.

En efecto, en el “Plan de Desarrollo” de la FAE, en el capítulo correspondiente a sus Fundamentos Doctrinarios, se expresa el propósito de “...realizar su labor de investigación, docencia y extensión, sobre la base de aquellas opciones teóricas y metodológicas que contribuyan al desarrollo de una economía solidaria y una administración participativa, al servicio de las personas y su dignidad” (FAE, 1996, p. 29)

Con el objetivo de ir plasmando esta aspiración en el desarrollo de la vida académica de la Facultad, durante el segundo semestre del año 1999 quedó constituido un grupo de trabajo conformado por profesores de la coordinación de economía cuya misión específica ha sido la de investigar, delimitar y profundizar el campo temático correspondiente a la “economía de la solidaridad”

Para el cumplimiento de este propósito, el grupo realizó una amplia recopilación bibliográfica de textos básicos y específicos sobre la temática referida, así como una revisión más o menos minuciosa de los contenidos de la misma, lo que ha servido de base para el desarrollo de la propuesta de clasificación temática que el presente estudio propone.

Más que presentar una teoría sólidamente consolidada, el presente estudio pretende

ser una aproximación a las diversas opciones teóricas desde las que es posible abordar la economía de la solidaridad, así como una referencia genérica y buen punto de partida para un ejercicio posterior de profundización temática.

Quedan como tareas pendientes, el discernir el modo de inclusión de estos resultados dentro de los contenidos programáticos de las asignaturas troncales de los estudios de Ingeniería Comercial, Auditoría e Ingeniería de Ejecución en cada una de las materias relacionadas con la docencia académica.

INTRODUCCIÓN

Han sido innumerables los cambios socio-culturales, tecnológicos, económicos y políticos que han marcado el desarrollo de la economía mundial en los últimos años, sobre todo en el último decenio.

Entre los cambios anotados se señala la preeminente crítica hacia los estudios tradicionales de economía, por considerarlos ausentes de una concepción humanista basada en principios éticos. Al profundizar el campo temático correspondiente a la "economía de la solidaridad", nos encontramos con la dificultad de asociación entre los conceptos "economía " y "solidaridad". Al igual que Razeto (1999), coincidimos que al hablar de economía normalmente se apunta de manera espontánea al uso de conceptos tales como utilidad, escasez, los intereses, la propiedad, la competencia, las necesidades, el conflicto, la ganancia, excluyendo el concepto de "solidaridad", y quedándose a lo sumo en la idea de que esta sería un fenómeno externo que hay que abordar e incluir en los estudios de economía, quedando de esta forma la "solidaridad" a una discusión sobre la justicia distributiva, la igualdad de oportunidades, el cooperativismo, etc.

En el presente estudio, el análisis de la "solidaridad" se incluye como un elemento central de la economía, razón por la que hablaremos de "economía de la solidaridad" y no de unos estudios accesorios y marginales en los extremos de ésta. Con el propósito de sustentar esta visión —a nuestro juicio más completa— en primer término a manera de justificación, en el capítulo I, nos ocuparemos de dar cuenta de los principales dilemas que enfrenta la economía mundial en términos de desarrollo económico, ya que a pesar de que la humanidad ha cruzado el nuevo milenio con algunos indicadores de progreso que nuestros antepasados no habrían ni siquiera sospechado —incremento de la esperanza de vida, mayor alfabetización, mejoras tecnológicas en la robótica, informática y telemática, mayor ingreso per cápita mundial (de aproximadamente 1 700 dólares en promedio en los

años cincuenta, a poco más de 5 000 dólares a finales de los años noventa), etc.—, aún persisten situaciones de profunda inequidad social.

Posteriormente, en el capítulo II, se revisará con amplio detalle el tema correspondiente a la racionalidad económica, a fin de determinar las principales características de una visión económica que denominamos "convencional" o "tradicional", que es ajena a consideraciones éticas, y reduccionista del verdadero concepto antropológico de hombre, al considerar dentro de los modelos de análisis a un *homo economicus* que actúa: a) movido por un interés personal y egoísta; b) sus decisiones se basan en la maximización de beneficios y minimización de pérdidas, teniendo como objetivo final su mayor satisfacción posible con el menor sacrificio involucrado; y c) en forma ahistórica y amoral.

En el capítulo III, revisaremos las ideas propuestas por los autores socialistas, quienes reaccionan frente al liberalismo económico proponiendo la ruptura del sistema capitalista liberal, a su juicio profundamente inmoral, ajeno a toda concepción solidaria y comunitaria del ser humano. La propuesta socialista tendría por objetivo principal la superación definitiva de los antagonismos de clase y la opresión, explotación y violencia social. Sin embargo, esta concepción que podríamos definir como "humanizante" adolece de un error grave que tiene que ver con haber reducido a la persona humana a una visión económica, junto con una perspectiva exclusivamente económica de la historia humana (Mifsud, 1994).

El capítulo IV, revisa en detalle la opción solidaria de la Iglesia y su opción preferencial por los pobres. Con este propósito se define en líneas generales las principales orientaciones doctrinales de la doctrina social de la Iglesia, expresada en a) las sagradas escrituras; b) las encíclicas de los Santos Padres; y c) las enseñanzas de los teólogos. A diferencia de los postulados del socialismo, la Iglesia no pretende dar soluciones, sino más bien dar elementos de juicio, criterios de reflexión y la guía oportuna para los laicos, a quienes compete la actividad temporal en la ciudad terrena.

Después de haber puesto en evidencia la aún presencia de desigualdades en el mundo, y de haber explicitado los temas concernientes a la racionalidad económica, el pensamiento socialista, y la doctrina social de la Iglesia, en el capítulo V, intentaremos aproximarnos a un concepto de "economía de la solidaridad", así como a la delimitación de la temática relacionada.

I LOS DILEMAS DEL DESARROLLO

I.1.- Grandes Paradojas

La historia del mundo "en desarrollo"¹ está llena de paradojas. En el siglo XX muchos países han experimentado importantes progresos. Así por ejemplo, de acuerdo a los criterios de medición usualmente utilizados, el ingreso per cápita medio de los países de América Latina y el Caribe se habría quintuplicado. La esperanza de vida que en 1900 como media bordeaba los 40, años se ha empinado a 70. Así mismo, el alfabetismo es ya una realidad, puesto que mayor parte de la población tiene acceso a la educación básica — siete de cada ocho adultos es mucho más que uno de cada cuatro en 1900—. La tecnología ha dominado este desarrollo, liderada por un verdadero boom en la telecomunicaciones, las cuales han crecido en forma verdaderamente exponencial.

Pese a todos estos logros, la brecha entre los países en desarrollo con los países desarrollados se ha ampliado aún más, al punto que si en 1997, cuando el ingreso per capita medio en el mundo² fue de US\$ 5 257 dólares, US\$ 29 089 dólares en los Estados Unidos, y US\$ 43 060 en Suiza, en la India apenas llegaba a US\$ 370 dólares, y US\$ 110 en Etiopía (PNUD, 1999). Además, persisten graves problemas de distribución del ingreso al interior de las economías nacionales. Muchos países han alcanzado los tan añorados "*equilibrios macroeconómicos*", pero a expensas de enormes "*desequilibrios macrosociales*".

¹ Se aclara que la definición de mundo en desarrollo en el presente texto es sinónimo de "países dependientes", "países pobres", "países de la periferia", etc. Se hace esta aclaración puesto que se considera que el encasillamiento de los países con menor desarrollo relativo en el mundo dentro de una tipología de definición es una realidad muy compleja, y no corresponde a la presente investigación definir la terminología óptima.

² el ingreso per cápita el período 1952-54, —cuando el ingreso medio anual por habitante fue de 1 870 dólares en los Estados Unidos, de 1 310 dólares en Canadá, y de 1 160 dólares en Suecia, en la India solamente alcanzó a 60 dólares.

El gráfico 1.1 cuantifica las desigualdades para un grupo de países de América Latina, y nos permite determinar en alguna manera la magnitud de la pobreza en la región, en la que habría aproximadamente un 25% por ciento de pobres³, esto es más de 100 millones de personas, de las cuales, cerca de 74 millones se encontrarían en situación de indigencia, (Londoño y Székely, 1997).

En gran parte de países vale la expresión de que *"El lujo pulula junto a la miseria"*. Y es que la conversión al libre mercado de los países de Latinoamérica no necesariamente dejó los beneficios que muchos esperaban —crecimiento y desarrollo social—. En muchos casos la población ha sufrido los nefastos efectos de la agudización de la pobreza, ya que si por un lado ha habido efectos positivos, por otro han sido variados los efectos negativos y marginalizantes.

Gráfico 1.1



Fuente: Base de datos Grupo de Investigación en Economía Latinoamericana y de la Solidaridad, Universidad Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Si revisamos algunos datos sobre distribución del ingreso, podremos decir que el 20% de los más ricos recibe entre el 48 y 64% de los ingresos, y en promedio cerca del

³ Estos resultados fueron estimados a partir de la agregación de estimaciones de población en estado de pobreza en 9 países representativos de la región. Para mayores detalles ver (Durán, Barria y Meneses, 2000) Adicionalmente se hace

57% —calculado un valor medio para el conjunto de los países de América Latina—. En el otro extremo, el 20% de la población más pobre, recibe entre el 2.1 y 5.6% de los ingresos (ver cuadro 1.1). Relacionando el quintil más rico con el quintil más pobre, veremos que en catorce países el ingreso del primero supera en más de 10 veces el ingreso del segundo, siendo la diferencia para el conjunto de la región de más de 17 veces.

Cuadro 1.1
LATINOAMÉRICA: DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO EN LOS AÑOS 90 POR QUINTILES

Países	Año	0-20%	20-40%	40-60%	60-80%	80-100%	Razón Q5/Q1	Coef. Gini
Bolivia	1990	5,6	9,7	14,5	22,0	48,2	8,6	42,0
Brasil	1995	2,5	5,7	9,9	17,7	64,2	25,7	60,1
Chile	1996	3,6	7,0	11,0	18,4	60,0	16,9	56,0
Colombia	1995	3,1	6,8	10,9	17,6	61,5	19,8	57,2
Costa Rica	1996	4,0	8,8	13,7	21,7	51,8	13,0	47,0
Ecuador	1994	5,4	8,9	13,2	19,9	52,6	9,7	46,6
El Salvador	1995	3,7	8,3	13,1	20,5	54,4	14,7	49,9
Guatemala	1989	2,1	5,8	10,5	18,6	63,0	30,0	59,6
Honduras	1996	3,4	7,1	11,7	19,7	58,0	17,1	53,7
México	1992	4,1	7,8	12,5	20,2	55,3	13,5	50,3
Nicaragua	1993	4,2	8,0	12,6	20,0	55,2	13,1	50,3
Panamá	1991	2,0	6,3	11,3	20,3	60,1	30,1	56,8
Paraguay	1995	2,3	5,9	10,7	18,7	62,4	27,1	59,1
Perú	1994	4,9	9,2	14,1	21,4	50,4	10,3	44,9
República Dominicana	1989	4,2	7,9	12,5	19,7	55,7	13,3	50,5
Venezuela	1995	4,3	8,8	13,8	21,3	51,8	12,0	46,8
América Latina		3,6	7,5	12,1	19,8	57,0	17,7	52,4

Fuente: Base de datos Grupo de Investigación en Economía Latinoamericana y de la Solidaridad, Universidad Cardenal Raúl Silva Henríquez, sobre la base de Banco Mundial, (1999), y otras publicaciones oficiales

Por otro lado, el coeficiente GINI⁴ señala que en la mayor parte de la región la desigualdad es bastante alta, superando valores de 0.5, y alcanzando niveles cercanos a 0.6 en varios casos —Brasil, Paraguay, Panamá, Guatemala y Chile⁵ entre otros—

notar que hay otros estudios para un mayor número de países que estiman el número de pobres en torno al 33%, esto es en el orden de 150 millones de pobres en toda la región (Banco Mundial, 1998).

⁴ El coeficiente GINI es un indicador que varía entre 0 y 1. Valores cercanos a 0 indican una perfecta igualdad, y valores próximos a 1 una perfecta desigualdad.

⁵ Sobre Chile, se indica que según varios estudios recientes, se ha considerado como uno de los países con mayor desigualdad en el mundo, ya que el 20% más rico de la población recibe 17 veces más ingresos que el 20% más pobre, esto es más del doble que la misma relación en los Estados Unidos, donde alcanza a 8.9 veces. El coeficiente GINI supera el 0.55%, muy por encima del valor aceptado como de una distribución más igualitaria —0.40—. (Contreras, 1999;

Todas las bondades anunciadas por el fenómeno de la globalización aún se hacen esperar. Para muchos teóricos neoclásicos este fenómeno ha permitido grandes logros por las enormes posibilidades que abre —reducción de costos, mayores oportunidades empresariales, y la posibilidad de optimizar las rentabilidades del capital financiero—. Sin embargo la globalización ha traído más problemas que mejoras sociales, ya que en la práctica ha favorecido la hegemonía de las finanzas y de la lógica del mercado sobre las necesidades, derechos y aspiraciones sociales y culturales de la población.

I.2.- Dicotomía

Esta evidente dicotomía debe ser abordada con responsabilidad y espíritu crítico, con el fin de reorganizar los estudios de la economía que parece haberse despersonalizado, ya que poco se hace para atenuar los riesgos negativos del régimen económico imperante de "libre mercado".

Habiendo cruzado el nuevo milenio con la llegada del 2000, el mundo se encuentra aún sacudido por una gran crisis de sustentabilidad de crecimiento económico, no sólo debido a inequidades en la distribución del ingreso, como hemos visto, sino también a sus secuelas, ya que la búsqueda de una "eficiencia económica" a toda costa ha originado persistentes desequilibrios en el medio ambiente.

El análisis económico neoliberal tradicional ha sido incapaz de abordar el problema de la inequidad en sentido amplio: inequidad en términos de desigualdades de ingreso; costo beneficio de regular el medio ambiente; protección social para sectores más desprotegidos de la población; educación al alcance de todos, etc.

Meller, 1999; BID, 1998) Por lo demás, como se observa en el cuadro analizado, el coeficiente de GINI de Chile se encuentra entre los más altos de la región y del mundo (Banco Mundial, 1999)

El neoliberalismo tiende a "contaminar" los mundos de la vida con los valores propios del intercambio económico: el interés puramente individual, la equivalencia y la coerción del *"do ut des"*. Se construye así una sociedad en la cual los valores de "comunidad" y de "participación" desaparecen con una visión puramente "mercantil" de las relaciones más personales y comunitarias (Macpherson, 1979).

II LA RACIONALIDAD ECONÓMICA

I.1. La Ciencia Económica y el Método

Con la aparición de Copérnico (1473-1543) y Galileo (1564-1642) se lleva a cabo la fundación de lo que se conoce como la Ciencia Moderna. Mediante ésta la Sociedad busca acceder a las realidades de la Naturaleza y del Hombre a través de un conocimiento lógico y riguroso. Se reemplazan las técnicas medievales ligadas a la religión por aquellas basadas en el razonamiento científico.

Con Descartes (1596-1650), quien sistematiza coherentemente estas nuevas concepciones del mundo, la Razón pasa a convertirse definitivamente en el factor esencial del conocimiento humano, en la facultad cognoscitiva del hombre. Se inicia, de este modo, a partir del siglo XVII, la Epoca Moderna, en la cual el hombre occidental cree firmemente que la ciencia es la única fuente de conocimiento de la realidad.

Ya en el “siglo de las luces” (s. XVIII), impulsado por los espectaculares resultados científicos obtenidos por Newton, se generaliza la idea que el hombre debía extender el método experimental de la física a todas las ramas de la ciencia.

En este contexto, Adam Smith (1723-1790) escribe su famosa y fundamental obra de 1776: *La Riqueza de las Naciones*. Obra considerada el punto de partida de la ciencia económica, denominada en sus comienzos *Economía Política*⁶.

⁶ La palabra economía proviene de la composición de dos palabras del antiguo griego: *oíkos* = casa y *vóuos* = tratado, y aludía a los principios de la administración de la casa. Por otro lado, quien por primera vez utilizó el concepto de Economía Política para denominar la ciencia económica fue un mercantilista llamado

Como hijo de su tiempo, Smith extiende el método y razonamiento científico de la física a la economía, ordenando y perfeccionando obras de antecesores y estableciendo los principios que desde entonces forman parte de esta ciencia.

En sus principios, la economía política tenía un carácter transdisciplinar, siendo una combinación de ciencia, filosofía, historia, política y arte. Incluía temas teóricos y prácticos, verificación científica y defensas políticas.

Posteriormente, David Ricardo (1772-1823), quien desarrolla y formaliza las ideas de Smith y de los economistas clásicos en general, estableció en 1817 sus *principios*⁷ sobre la base de una ciencia económica “dura”, sin recurrir mayormente a fundamentos de tipo normativo o retóricos. Demostró las posibilidades del método abstracto en economía, utilizando la metodología denominada “positiva”, en base a hipótesis que se presentan por medio del uso sistemático de *modelos económicos*⁸. De este modo, con Ricardo se van desarrollando las tendencias purificadoras de la ciencia económica respecto a la política, la historia y al arte. Las ideas y conceptos utilizados fueron cada vez más rigurosos y los análisis imitaron los procedimientos de las ciencias naturales. La introducción de las matemáticas a la economía por parte de Cournot (1838)⁹ en sus *Recherches*, constituyó un nuevo impulso al carácter abstracto de la economía, hecho que se acentuó con la aparición del fenómeno de la *revolución marginal*¹⁰ en la década de 1870, que dio origen a la

Montchrétien de Watteville, en su texto de 1615 “Traicté de l’oeconomie politique”, argumentando que la “ciencia de la adquisición de la riqueza” también es común al Estado.

⁷ Publicados en la obra “Acerca de los Principios de Economía Política y Tributación”.

⁸ Producto de la imposibilidad que tienen los economistas de reproducir a voluntad los fenómenos económicos a estudiar, la economía ocupa los denominados modelos económicos, que en base a supuestos de todo tipo, simplifica la realidad bajo estudio, accediendo de esta forma a un instrumento de cognición y predicción.

⁹ Antoine Agustin Cournot (1801-1877), matemático y economista francés. Una de sus principales obras es “Recherches Sur Les Principes Mathématiques De La Théorie Des Richesses”. Demostró cómo se formaba el precio bajo condiciones de monopolio puro, duopolio y competencia perfecta. Es considerado el fundador de la Economía Matemática.

¹⁰ La cual fue llevada a cabo por separado en las siguientes obras: “Theory of Political Economy”, de W.S. Jevons (1871); “Principles of Economics”, de Carl Menger (1871); y “Eléments d’économie Politique”, de Léon Walras (1874).

economía neoclásica.

La economía neoclásica, promovida y desarrollada en el siglo XIX básicamente por Alfred Marshall y Léon Walras¹¹, corresponde a una versión ampliada de la *economía clásica*¹². Sin embargo, a diferencia de ésta, que centró sus investigaciones en los grandes agregados económicos, los economistas neoclásicos pusieron su énfasis en el análisis de la conducta del individuo maximizador. Además, en términos metodológicos, los economistas neoclásicos recurrieron a herramientas formales fuertemente rigurosas¹³ para proporcionar sus explicaciones, a diferencia de los métodos clásicos, que apelaban a fuerzas misteriosas como la denominada *mano invisible*¹⁴.

En términos teóricos, el mundo de la economía neoclásica está compuesto de individuos maximizadores, eficientes e independientes, que toman decisiones económicas racionales y que se afectan mutuamente a través de los mercados. En el mundo neoclásico, sólo tienen cabida las instituciones sociales que se derivan explícitamente de las decisiones individuales expresadas en el mercado, y por tanto, los comportamientos de los individuos, agentes o instituciones que operan en esta visión de mundo pueden estudiarse y entenderse mediante el uso de la premisa fundamental neoclásica sobre la racionalidad en términos de fines y medios, costos y beneficios.

El razonamiento que derivó de todos estos procesos, convirtió a la economía tradicional, finalmente, en una ciencia dedicada fundamentalmente al estudio de la actividad racional, instrumental: la selección de los medios apropiados para alcanzar los

¹¹ En el siglo XX fue difundida principalmente por las versiones de John Hicks y Paul Samuelson.

¹² Corresponde básicamente al cuerpo de ideas económicas procedentes de los trabajos de David Hume y Adam Smith, que dominaron la economía desde fines del siglo XVIII a fines del siglo XIX. Aunque los economistas clásicos abarcaron todos los campos de la investigación económica, se centraron básicamente en aquellos temas relacionados con el crecimiento económico, las relaciones económicas internacionales y la economía monetaria.

¹³ Por ejemplo, L. Walras, llevado por su imperiosa necesidad de ser el vanguardista en la elaboración de los elementos básicos de la teoría matemática sobre los procesos económicos, simplificaba sus tratamientos en forma drástica, incluído sus análisis sobre lo que él llamó la "competición libre".

fines, y del estudio de las decisiones: el desarrollo de métodos de elección de la mejor opción mediante la valoración sistemática de costos y beneficios.

II.2 .- El Concepto de Racionalidad Económica

Aunque la economía es una ciencia que intenta aportar a la solución del problema del diario vivir, sólo se ocupa de determinadas actividades humanas: el intercambio y la conducta racional.

La conducta racional es aquella que se deriva de la toma de decisiones en base a la *zanahoria* de los beneficios económicos y al *garrote* de las pérdidas. La racionalidad consiste en realizar fríos cálculos intelectuales sobre costos y beneficios, ventajas y desventajas. Toda decisión económica, como la de asignación de recursos, es aceptable únicamente si produce beneficios lo suficientemente altos que compensen los costos (incluido los de oportunidad). De este modo, la racionalidad económica constituye un criterio puramente instrumental, donde no tienen cabida la importancia del deber, los motivos desinteresados, los sentimientos o emociones, y tampoco los hábitos y prejuicios.

La racionalidad económica es una racionalidad de tipo individual, donde sólo son considerados aquellos costos y beneficios inmediatos y/o mediatos que afectan al individuo, y no a los demás. Aquí no hay cabida para el altruísmo, la solidaridad, o los deseos de justicia. Las consideraciones éticas están completamente al margen en el proceso de toma de decisiones que contempla sólo consideraciones racionales.

La racionalidad individual abarca tanto el *método*: seleccionando acciones de acuerdo al cálculo racional, como el *resultado*: buscando los medios más apropiados para la consecución de los fines. Asimismo, el concepto de racionalidad puede acotarse a los objetivos inmediatos de los individuos, considerando solamente aquellos costos y

¹⁴ De hecho, los economistas han afinado la idea de la mano invisible del mercado en términos más formales en el siguiente teorema: *dada una cantidad de condiciones ideales, el comportamiento óptimo de los individuos y empresas, en competencia pura, conduce a un resultado eficiente (óptimo de pareto).*

beneficios generados al momento de realizar la acción o actividad. Bajo este criterio no se intenta realizar una evaluación de la racionalidad de los objetivos, sino si el individuo es eficiente en la realización de aquellos que tenga en cada momento. Este tipo de racionalidad tiende a ser adoptado por los economistas para describir la *elección racional*, suponiendo exógenas las preferencias, centrando el análisis en la eficiencia en la consecución de los objetivos de consumo. La racionalidad conceptualizada de esta forma puede implicar que en lo inmediato los individuos asuman comportamientos racionales, pero que pueden ser irracionales desde el punto de vista del concepto más amplio de racionalidad individual.

II.2.1 ¿Es el individuo real económicamente racional?

Sin duda, cualquier planteamiento que señale que el hombre es básicamente un ser racional, genera grandes controversias y cuestionamientos. Es claro que existe una amplia gama de comportamientos que no derivan de procesos de maximización de funciones de utilidad de tipo egoísta, sino que más bien responden a motivaciones desinteresadas, como de generosidad, solidaridad o altruísmo.

Todo individuo, en mayor o menor grado, tiende a comportarse irracionalmente. En muchas ocasiones el comportamiento humano es dirigido por emociones, sentimientos o pasiones; por la irreflexión o simplemente por trastornos psicológicos o mentales. Incluso, aunque en el individuo no se manifestaran esos elementos que definen la conducta irracional, el hombre no necesariamente podría comportarse como los seres racionales que describen los modelos convencionales de la Elección Racional.

Si la falta de irracionalidad no convierte a los individuos necesariamente en racionales, entonces, la conducta humana está lejos de ser eficiente y maximizadora, y sólo puede aspirar a ser una *buena satisfactora*. Esto significa que los individuos al enfrentarse al dilema de cómo satisfacer sus múltiples necesidades tienden a buscar casualmente, en un contexto de imperfecta información y niveles limitados de comprensión, elementos y conclusiones que le parecen relevantes, pero que usualmente pueden ser parciales y mal

interpretados. El resultado de todo esto son soluciones incorrectas, pero que pueden alcanzar aceptables niveles de eficacia.

La pregunta que surge entonces es: si en los seres humanos prevalecen los aspectos irracionales ¿por qué se postula en economía la racionalidad de los individuos?¹⁵

Al respecto, los economistas responden básicamente en base a dos argumentos. Primero, en la toma de decisiones respecto a temas económicos (incremento de riqueza, asignación de recursos, negocios, proyectos, etc.) los individuos recurrirían preferentemente a criterios racionales, los cuales no serían principales en las decisiones respecto a otros aspectos de la vida humana, donde primarían las emociones y las motivaciones desinteresadas. Segundo, las teorías que introducen el supuesto de racionalidad funcionan mejor que los modelos que lo omiten. Aunque éste supuesto pueda constituir un postulado poco realista del comportamiento humano, los criterios de validación de teorías y modelos no pasan por los supuestos asumidos, sino por la capacidad explicativa y predictiva de los modelos. Además, que la economía utilice el supuesto de racionalidad no significa de ninguna forma que esté afirmando que los individuos realizan explícitamente fríos cálculos para la toma de decisiones, sino que es más útil construir buenas teorías suponiendo que actúan como si los realizaran. Por ejemplo¹⁶, puede predecirse extraordinariamente bien todos los golpes que elige un buen tenista y la manera específica como intenta realizarlos, si suponemos que este jugador conoce y considera todas las leyes relevantes de la física. Obviamente, en la práctica es muy poco probable que tenga estos conocimientos o los aplique en el juego, pero asumiendo dicho supuesto podemos predecir con una gran exactitud su comportamiento. ¿Por qué? Porque el buen jugador de tenis, con la práctica, va asimilando las leyes de la física, aunque intelectualmente no las conozca o conscientemente no las considere. Cabe decir, asumir el supuesto que el buen jugador de tenis conoce las leyes de la física no invalida el modelo, sino su capacidad de predicción y explicación. Asimismo,

¹⁵ Paradójicamente, existen muchos individuos que rechazan el criterio de decisión en base a la racionalidad económica, pero sin embargo, sus conductas podrían explicarse y predecirse satisfactoriamente por dicho criterio, ya que, aunque conscientemente puedan rechazarlo, lo han asimilado perfectamente.

en la práctica, los individuos generalmente no calculan costos ni beneficios, pero sí pueden ir asimilando las reglas de una decisión económica beneficiosa, por lo que suponer que realizan cálculos, lleva a generar modelos con resultados que pueden ser muy satisfactorios.

II.3.- El *Homo Economicus*

El *homo economicus* es el resultado de la aplicación extrema de los supuestos racionales a la conducta de los individuos. Es un modelo cuyo objetivo final es explicar y predecir una amplia gama de actividades humanas que se vinculan con el mercado.

Básicamente, el *hombre económico* puede ser definido como aquel individuo cuyas conductas responden exclusivamente a la racionalidad económica, cabe decir, a aquella racionalidad de tipo individual-instrumental. En términos generales, este ser ficticio cumple las siguientes características:

- 1) Actúa sólo por interés personal, de acuerdo a su propia escala de valores y con la información disponible, aunque su conducta parezca ética o desinteresada.
- 2) Sus criterios de decisión sólo obedecen a la realización de cálculos, básicamente de corto plazo, mediante la evaluación de costos y beneficios, para alcanzar la mayor satisfacción posible de sus necesidades con el menor sacrificio.
- 3) Es individualista, utilitarista y hedonista, además de ahistórico y amoral.

El *hombre económico* actúa sólo por interés personal, por egoísmo. Según la economía tradicional, esta búsqueda del propio interés no sólo es compatible con los objetivos sociales más generales, sino que, éstos la exigen. Los individuos egoístas, al tratar

¹⁶ Utilizando un ejemplo análogo a Frank (1992).

de maximizar sus beneficios personales, inconscientemente promueven el bienestar social a través de *la mano invisible del mercado*. En otras palabras, la racionalidad mercantil de los individuos tiende a agotar las posibilidades de realizar intercambios mutuamente beneficiosos, optimizándose la asignación de recursos y los niveles de eficiencia.

El hombre económico es esencialmente economicista y optimizador. Razona en términos de precios, costos y beneficios monetarios, sean éstos efectivos o simulados. Todos sus criterios de decisión se vinculan a los análisis costo-beneficio, costo-efectividad o costo de oportunidad. Es un ser cuyas conductas en la vida económica están orientadas por el intento de maximizar su placer (bienestar, satisfacción o utilidad) y minimizar su dolor, considerando sólo aquellos costos que no pueda externalizar. Toda su conducta se reduce, en consecuencia, a la consecución de un máximo respecto a los fines, y un mínimo respecto a los medios.

El *homo economicus* puede presentarse en todas las categorías de agentes. Puede ser empresario, productor, trabajador o consumidor. Un individuo es un consumidor racional cuando maximiza su satisfacción personal subjetiva distribuyendo óptimamente su ingreso, riqueza o saldos monetarios en una canasta de bienes deseados; como trabajador, cuando maximiza su satisfacción subjetiva respecto al trabajo-ocio, dado el salario existente en el mercado, y como productor cuando lleva a cabo un conjunto de actividades que elevan al máximo la productividad, dado cierto nivel de progresos técnicos y organizativos, minimizando los costos, obteniendo de esta manera una relación óptima entre producción y costos.

Por otro lado, todo estímulo que impacta al *hombre económico*, si es internalizado como costo o beneficio, se transformará en incentivo, y afectará su comportamiento. Responder apropiadamente a los incentivos define la conducta racional del *hombre económico*. Cuando aumentan los beneficios de una actividad, el individuo se dedica más ella; en cambio, si su costo aumenta, la reduce. Todo individuo racional reacciona ante los incentivos. Los incentivos pueden explicar o predecir las conductas humanas, así como orientarlas.

No cabe duda que el *hombre económico*, este ser creado por la economía tradicional (en especial la neoclásica) como el prototipo de persona que toma decisiones económicas en los mercados, define a la economía del bienestar como utilitaria y hedonista: toda actividad humana se evalúa de acuerdo a sus consecuencias, y las únicas consecuencias relevantes a considerar son los placeres y dolores obtenidos individualmente. En la posición utilitaria no hay más criterio que los resultados deseables. El fin justifica los medios, y el fin se justifica si satisface los deseos individuales.

II.4.- El Concepto de Egoísmo Económico

La racionalidad económica supone que los motivos de los individuos son egoístas, ya que sólo responden a la búsqueda del propio interés. Ya a principios del siglo XVII se escribía en pequeños ensayos en favor del interés individual. La escuela fisiocrática, cuyo fundador y principal representante fue F. Quesnay (1694-1774), tomaba como punto de partida el interés personal para explicar las motivaciones individuales y las fuerzas que generaban los negocios y la actividad comercial.

Adam Smith calificaba al egoísmo como una característica natural del hombre, como la fuerza que es capaz de generar la cooperación y mutua asistencia entre los individuos de una sociedad libre e individualista, produciéndose, de este modo, el orden social y económico que permite el mayor bienestar de la comunidad. Smith intentó demostrar que existía una armonía casi perfecta entre el egoísmo del hombre, la convivencia y los beneficios sociales. Él escribiría: *“No esperamos nuestro sustento de la generosidad del carnicero, del cervecero o del panadero; lo esperamos del cuidado que ellos tienen en su propio interés. No nos dirigimos a su sentimiento humanitario, sino a su egoísmo, y jamás les hablamos de nuestras necesidades, sino de las ventajas que ellos pueden obtener. Si exceptuamos a los mendigos..., nadie quiere depender fundamentalmente de la generosidad de sus conciudadanos”* (Smith, 1776). Por el contrario, la falta de interés personal puede frenar fuertemente las motivaciones y capacidades humanas. Al respecto Smith señalaba: *“El cuidado que dedicamos a nuestra*

*propia felicidad e incluso a nuestros intereses se manifiesta en múltiples ocasiones como un principio de acción en extremo plausible. Los hábitos de economía, de industria, de discreción, de cuidado, de aplicación, son generalmente considerados como el fruto de motivos egoístas y, sin embargo, se les considera como cualidades loables, que merecen la estima y la aprobación de todos. La negligencia, la prodigalidad, el desorden se reprueban unánimemente, no porque impliquen una falta de altruísmo, sino una falta de atención del individuo en lo que respecta a la consideración de sus propios intereses*¹⁷.

Sin embargo, no toda conducta egoísta es socialmente deseable si generan importantes costos o beneficios que recaen sobre individuos que no han participado en las decisiones. El mismo Adam Smith no creía que sólo los motivos egoístas eran importantes¹⁸. De hecho era muy consciente que la búsqueda desenfrenada del propio interés puede atentar contra el bienestar de la sociedad.

II.4.1.-¿Es el Homo Economicus un Supuesto Epistemológico Necesario para el Análisis Económico?

Un hombre no sólo actúa por egoísmo o interés personal. También puede hacerlo por altruísmo, caridad o compasión. Incluso, puede verse obligado a adoptar posturas aparentemente contrarias a su interés individual. Un individuo puede tener variadas motivaciones al momento de llevar a cabo sus relaciones económicas y sus conductas en el mercado, sin que por ello pierda su calidad de individuo racional.

Ni siquiera es necesario calificar a los agentes de maximizadores o egoístas, puesto que la economía moderna no requiere, para la construcción de sus teorías, la cualificación de los individuos, en otras palabras, la economía no necesita del *homo economicus*.

¹⁷ Adam Smith, “Teoría de los Sentimientos Morales”, parte VII, sec. II, cap. III.

El único supuesto que la economía requiere respecto del comportamiento de los individuos es que éstos sean *racionales*, cabe decir, que persigan objetivos coherentes entre sí y empleen medios apropiados a las finalidades elegidas. En otras palabras, consiste en suponer que éstos poseen una escala de preferencias derivadas de una jerarquización de necesidades y objetivos, y que actúen de acuerdo a esta escala en el mercado.

No le corresponde a la economía inquirir en las causas de por qué los individuos prefieren ciertos objetivos a otros, o unos bienes con preferencia a los demás. Tampoco es de su incumbencia si, dada estas preferencias, la sociedad califica a los individuos de materialistas, egoístas, altruístas, tontos o inteligentes. No es de interés para la economía si un hombre actúa en el mercado por amistad, solidaridad, patriotismo, o por cuestiones políticas o religiosas. No es del ámbito de la economía analizar si un individuo consume por placer, necesidad, imprevisión, generosidad, ostentación o extravagancia.

La economía estudia y analiza el comportamiento de los individuos que se expresa en el mercado, y no otro tipo de conductas y motivaciones.

La economía es una ciencia de carácter positiva, y no pertenecen a su ámbito las proposiciones normativas o juicios de valor. Lo que los agentes deban o no deban hacer no es de incumbencia de esta ciencia; sólo es de su consideración las causalidades económicas del comportamiento de los individuos.

La ciencia económica es simplemente un instrumento de cognición, creado y desarrollado de acuerdo a las necesidades, motivaciones y limitaciones del hombre. Como creación humana, la economía refleja simplemente lo que el hombre es y no lo que nos gustaría que fuera.

¹⁸ Al respecto, Smith señaló: “...Sentir mucho por los otros y poco por sí mismo, restringir los impulsos egoístas y dejarse dominar por los aspectos benevolentes constituye la perfección de la humana naturaleza” (Teoría de los Sentimientos Morales”, parte I, sec. I, cap. V).

II.5.- El Economicismo neoliberal

Aunque las actividades económicas que realizan los individuos constituyen sólo una fracción de las múltiples actividades que éstos realizan, y que el modelo del *hombre económico* no es una representación real del hombre, desde hace ya algunas décadas, en muchas partes del mundo, el *economicismo* ha ido impregnando cada vez más todas las actividades y concepciones humanas, y no sólo las que se vinculan con el mercado, alcanzando la ciencia económica un excesivo protagonismo. Como consecuencia de esta expansión de la economía hacia actividades que no son de su ámbito, ha provocado que el *homo economicus* ha ido copando progresivamente todo el comportamiento humano, exaltando el individualismo, el hedonismo, y el consumismo, ya que el éxito y la felicidad material que postula el economicismo sólo puede ser obtenido *asimilando* la racionalidad individual-instrumental.

Sin duda, la causa de este fenómeno económico-social que afecta a las sociedades actuales, se encuentra en una filosofía que ha ido invadiendo el pensamiento de personas y sociedades: la filosofía neoliberal¹⁹.

La filosofía neoliberal, que siempre ha querido aparecer ante los ojos del mundo como la *ciencia económica moderna*, es una ideología totalizante del hombre y la sociedad, y no una simple escuela de pensamiento económico. Los filósofos, políticos y economistas neoliberales usan y manipulan la economía y sus aspectos propiamente científicos para no sólo diseñar y aplicar estrategias de desarrollo y políticas macroeconómicas, sino para producir la transformación completa de la sociedad, a nivel individual y social, de instituciones y grupos intermedios.

¹⁹ Hecho que sin duda se ha reforzado por la fuerza y relevancia que ha adquirido la llamada contrarevolución monetarista, a partir de los años sesenta.

III CRÍTICA AL LIBERALISMO ECONÓMICO: EL PENSAMIENTO ECONOMICO SOCIALISTA

No cabe duda de que la indignación moral frente al estado de cosas existente, y particularmente a la injustificada extensión de la miseria, las injusticias y las desigualdades que el tipo de sociedad en que vivimos lleva aparejado, junto con la aspiración correlativa de construir un mundo más plenamente humano, sin explotación, opresión, discriminación y violencia, constituye la **motivación** principal, y por tanto el **punto de partida**, de toda crítica radical del sistema económico vigente. En ese carácter, vale decir como motivación y punto de partida, una ética del progreso y la solidaridad se halla a la base de las ideas que dan vida e identidad propia al movimiento socialista.

Los autores socialistas, como antes que ellos lo hicieran numerosos autores cristianos inspirados en el evangelio, la experiencia de los primeros cristianos y las enseñanzas de los padres de la Iglesia, destacados humanistas del renacimiento y los más radicales exponentes de la Ilustración, se hacen incondicionalmente eco de los ancestrales anhelos de emancipación de los oprimidos, condenando sin contemplación el egoísmo y las desigualdades sociales y abogando por un nuevo tipo de sociedad en que impere la justicia, la libertad y la fraternidad entre los hombres.

En cambio el capitalismo como sistema económico-social y las corrientes de pensamiento que buscan legitimarlo apelando a una concepción individualista y competitiva de la naturaleza humana, centran constantemente su interés en proveer de seguridad jurídica a la propiedad privada. La célebre fórmula de Hobbes, *homo homini lupus*, es la que mejor refleja esta concepción ideológica que niega en forma radical toda pretensión de construir un nuevo orden social alternativo que tenga como fundamento la solidaridad y la justicia.

Tal concepción de la naturaleza humana, que se halla a la base de todas construcciones teóricas que intentan justificar el estado de cosas existente, incluida la economía política, es la premisa que los autores socialistas de todas las épocas rechazan en forma categórica. De allí que Marx no dude en considerar a los economistas clásicos como los más refinados ideólogos del orden burgués.

En su temprano “*Esbozo de crítica de la economía política*” (1843), texto publicado en los “Anales franco-alemanes” y elogiado por Marx, el joven Engels no ahorra palabras para condenar, precisamente sobre el terreno de sus premisas ético-antropológicas, la profunda **inmoralidad** del sistema económico capitalista y de sus racionalizaciones teóricas:

“ *Esta economía política o ciencia del enriquecimiento, que brota de la envidia y la avaricia entre mercaderes, viene al mundo trayendo en la frente el estigma del más repugnante de los egoísmos ... ¿Cuándo ni dónde habéis hecho vosotros algo por motivos de pura humanidad, movidos por la conciencia de que a nada conduce el antagonismo entre el interés colectivo y el individual? ¿Cuándo habéis obrado por razones de moral, sin el resorte del interés, sin obedecer en el fondo a móviles egoístas?* “

La cita es elocuente en su rechazo moral a la ideología burguesa dominante y, como parte de ella al liberalismo económico, que abren un abismo insalvable entre los encomiables fines proclamados y el significado del accionar práctico que se busca legitimar. No hay todavía en este texto una **comprensión científica** de la naturaleza del sistema económico vigente, pero sí una clara y tajante **toma de posición** sobre el terreno de valores humanos que se estima fundamentales y que la revolución francesa había ya condensado en su célebre e imperativo reclamo: ¡libertad, igualdad, fraternidad!

No está demás señalar que la lectura del “*Esbozo*” de Engels ejerció una influencia muy significativa en Marx, cuya atención había estado centrada hasta entonces en la crítica de la filosofía del derecho de Hegel, llevándolo a interesarse vivamente por el estudio de la

“anatomía de la sociedad burguesa”, es decir de la economía política y los problemas de la economía real. Sobre la base de una vía preocupación por la situación del ser humano en la sociedad burguesa, el interés que lo mueve a desplazarse en esa dirección es el de descubrir las claves que permiten comprender racionalmente el funcionamiento de esta última.

El eslabón teórico que media ese desplazamiento desde la espontánea indignación moral al estudio intensivo y sistemático de la economía política será, pues, la crítica filosófica a la progresiva deshumanización de la vida bajo las condiciones del capitalismo. Esta problemática, que apunta a poner de relieve la honda enajenación que afecta la vida del ser humano en la sociedad actual y que, por contraste, nos sitúa de lleno sobre el tema de la solidaridad, será básicamente abordada por el joven Marx en sus hoy célebres “*Manuscritos económico-filosóficos*” (1844).

En efecto, la enajenación aparece, en el plano de la acción y de la representación, como producto de una radical negación de la esencia **social** del ser humano, como el resultado de una ruptura de los vínculos de solidaridad y cooperación recíproca que son inherentes a la propia existencia humana. De este modo, en la sociedad de clases la acción que el ser humano despliega sobre la naturaleza no puede prescindir de su carácter social, pero la cooperación ya no es expresión de una necesidad social socialmente asumida sino el fruto de una coacción social. En última instancia, la enajenación hunde sus raíces en la lucha del hombre contra el hombre, en ese irreductible antagonismo que nace del dominio y explotación que llegan a ejercer unos sobre otros.

La comprensión de este hecho es importante porque permite cruzar el umbral de la reflexión puramente antropológica, característica del humanismo ilustrado y del socialismo utópico primitivo, centrada en el hombre como ser genérico y la consecuente reivindicación de principios y derechos universales acordes con una naturaleza humana concebida en forma abstracta. El ostensible abismo que separa los principios universales proclamados y el desarrollo efectivo del accionar práctico en el marco de la sociedad burguesa no puede ser mayor: se despliega una nutrida retórica humanista pero sólo con fines de

encubrimiento de un accionar práctico que niega en forma radical los mismos principios y valores que proclama.

Nace de aquí la necesidad de encontrar una explicación consistente a esta aparentemente paradójica situación. El que la ideología de los “derechos del hombre” se plasmase finalmente en el mezquino derecho burgués permite identificar la clave del problema: la existencia de los decisivos intereses y antagonismos de clase. Ello a su vez obliga a modificar el planteo de la perspectiva emancipadora para ponerla a tono con la realidad objetiva del desarrollo histórico-social: ya no el hombre en general sino el “punto de vista” del sujeto que por su posición social está llamado a protagonizar la lucha por superar el estado de enajenación imperante y posibilitar el reencuentro armónico del ser humano con la naturaleza, con sus semejantes y consigo mismo.

La perspectiva de clase surge así como un reconocimiento de la realidad histórico-social objetiva, como el modo obligado de “bajar a tierra” y dar concreción efectiva a la acción emancipadora, pero en una fase del desarrollo humano en que esa perspectiva de clase es congruente con y portadora de la posibilidad de trascenderse a sí misma para alcanzar en un mismo y único movimiento la real emancipación del género humano, del ser humano como especie. Tal es, precisamente, el gran objetivo del movimiento socialista: la superación definitiva de los antagonismos de clase y con ello la erradicación de toda forma de opresión, explotación, discriminación y violencia social.

En la reflexión sobre el estado de cosas imperante en la sociedad de clases el tema de la propiedad ha ocupado, con entera justicia, el lugar central. La propiedad privada aparece con toda claridad como la fuente del poder social y de los antagonismos existentes. La reivindicación de la propiedad como derecho humano fundamental, especialmente con el desarrollo del capitalismo y de las ideas liberales, se sustenta en una confusión de planos: la apropiación de las cosas para la satisfacción de las necesidades básicas de la existencia humana y la apropiación de las cosas como medio para adquirir poder sobre otros seres humanos. El pensamiento socialista ha buscado abolir la propiedad privada en este último sentido para garantizar su ejercicio como derecho en el primero.

Lo señalado por Marx y Engels en el “*Manifiesto del Partido Comunista*” basta para aclararlo:

“ No queremos de ninguna manera abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo, indispensable a la mera reproducción de la vida humana, esa apropiación que no deja ningún beneficio líquido que pueda dar un poder sobre el trabajo de otro ... El comunismo no arrebató a nadie la facultad de apropiarse de los productos sociales; no quitó más que el poder de sojuzgar el trabajo ajeno por medio de esta apropiación ... En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos

IV POBREZA Y DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

La Iglesia, desde sus orígenes, y en tiempos de Jesucristo, ha hecho una opción solidaria a favor de los pobres y de una *comunidad de bienes* en beneficio de los más necesitados. El máximo ejemplo de esta *opción preferencial* lo encontramos en la vida de Jesucristo y sus discípulos. El mensaje de Jesucristo está lleno de pistas sobre la forma de llevar a la práctica una verdadera y auténtica fraternidad humana. Este mensaje fue comprendido en profundidad por sus colaboradores más cercanos, los apóstoles²⁰.

Los padres de la Iglesia se pronunciaron en reiteradas ocasiones contra la propiedad privada y a favor de la comunidad de bienes. A juicio de ellos, la propiedad no se avenía a los designios de Dios y era la causa de muchos males. De esa opinión fueron San Clemente, San Justino, San Basilio, San Gregorio Nacianzo, San Gregorio de Nisa, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín y Santo Tomás de Aquino.

Es amplia la tradición escolástica y patristica que sostiene que por derecho natural, todas las cosas son comunes. Por ejemplo, San Basilio se expresa de la propiedad privada en los siguientes términos:

"Ese pan que tienes, le pertenece al que tiene hambre; y al que anda sin abrigo, ese manto que guardas en tus cofres. Esos zapatos que se pudren en tu casa, les pertenecen a los que andan con los pies descalzos; del indigente es ese dinero que tienes atesorado." (San Basilio, citado en Solar y Chonchol, (1965).

Y San Ambrosio:

"La tierra fue creada en común y para todos, ricos y pobres. ¿Por qué, pues, ricos, os atribuí el monopolio de su propiedad? La naturaleza no conoce ricos, solamente engendra pobres; no

²⁰ "Todo cuanto queráis que los hombres os hagan a vosotros, hacedlo asimismo vosotros a ellos", (Mateo, VII,12; "El que no ama a su hermano no ha nacido de Dios" (Juan, II,1 "¿Cómo puede estar en el amor de Dios, si rico en los bienes de este mundo y viendo a su hermano en necesidad le cierra el corazón? (Juan, III,17); (Santiago, I,27); (Gal, V,14); (Juan IV, 20)...

nacemos con vestidos, ni somos engendrados con oro y plata... No son tuyos los bienes de que haces obsequio al pobre; es una pequeña porción de lo suyo que le restituyes, pues se trata de un bien común para uso de todos y que tu solo usurpas" (San Ambrosio, citado en Solar y Chonchol, (1965).

Ya los profetas del Antiguo Testamento, defendían los derechos del pobre, del huérfano, de la viuda, del extranjero, predicando una doctrina social que evidentemente orientaba hacia una conducta que cuestionaba el culto a Dios cuando se violaban los derechos sociales.

Por medio del magisterio de los romanos pontífices, la Iglesia ha orientado su preocupación social por el desarrollo auténtico del hombre y de la sociedad, en un sinnúmero de documentos, especialmente "encíclicas sociales". Este cuerpo doctrinario que tiene su base principalmente en la doctrina de las Sagradas Escrituras, —especialmente el Evangelio— y la enseñanza de los santos padres —patrística—, conforma lo que se denomina el "*corpus*" de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI). Así, en Puebla (1979) los obispos latinoamericanos definieron a la DSI como el conjunto de orientaciones doctrinales y criterios de acción que tienen su fuente en: a) las Sagradas Escrituras; b) la enseñanza de los teólogos; y c) el Magisterio de la Iglesia a través de los siglos.

El objeto primario de la DSI es la dignidad personal de cada ser humano como imagen de Dios y la tutela de sus derechos inalienables. Es cometido primordial de la DSI, presentar una guía para los hombres, a fin de que "*ellos mismos den una respuesta, con la ayuda también de la razón y de las ciencias humanas, a su vocación de constructores de la sociedad terrena.*" (*Sollicitudo Rei Socialis*, 1). La Doctrina Social no es una ideología que opte por los intereses de un grupo particular en la sociedad, sino que más bien pretende dar *principios de reflexión, criterios de juicio, directrices de acción*, y la guía oportuna para que los laicos emprendan su compromiso temporal²¹ bajo la guía de los principios evangélicos. Al respecto, la Constitución *Gaudium et spes*, señala:

²¹ En la exhortación apostólica *Christifideles Laici*, al recordar Juan Pablo II, el llamado a la santidad para todos los cristianos, al referir se a los laicos señala: "*la vocación de los laicos a la santidad implica que la vida según el Espíritu se exprese particularmente en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas*"; por tanto, "*los fieles laicos deben considerar las actividades de la vida cotidiana como ocasión de unión con Dios y de*

"Competen a los laicos propiamente, aunque no exclusivamente, las tareas y el dinamismo seculares. Cuando actúan individual o colectivamente, como ciudadanos del mundo, no solamente deben cumplir las leyes propias de cada disciplina, sino que deben esforzarse por adquirir verdadera competencia en todos los campos. Gustosos colaboren con quienes buscan idénticos fines. Conscientes de las exigencias de la fe y vigorizados con sus energías, acometan sin vacilar, cuando sea necesario nuevas iniciativas y llévenlas a buen término. A la conciencia bien formada del seglar toca lograr que la ley divina quede grabada en la ciudad terrena. De los sacerdotes, los laicos pueden esperar orientación e impulso espiritual. Pero no piensen que sus pastores están en siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución para todas las cuestiones, aun graves, que surjan. No es ésta su misión. Cumplen más bien los laicos su propia función con la luz de la sabiduría cristiana y con la observancia atenta de la doctrina del Magisterio" (Gaudium et spes, 43)

La Iglesia no pretende presentar una tercera vía económica o alternativa entre el mercado y la planificación centralizada. "La doctrina social de la Iglesia no es, pues, tercera vía entre el capitalismo liberal y el colectivismo marxista, y ni siquiera una posible alternativa a otras soluciones menos contrapuestas radicalmente, sino que tiene una *categoría propia*. No es tampoco una ideología, sino la *cuidadosa formulación* del resultado de una atenta reflexión sobre las complejas realidades de la vida del hombre en la sociedad y en el contexto internacional, a la luz de la fe y de la tradición eclesial. Su objetivo principal es interpretar esas realidades, examinando su conformidad o diferencia con lo que el Evangelio enseña acerca del hombre y su vocación terrena y, a la vez, trascendente, para orientar en consecuencia la conducta cristiana..."

La Iglesia interviene en los asuntos de la vida cotidiana en sus diversos ámbitos porque todo problema social: a) tiene una dimensión ética que repercute en los individuos y grupos humanos; b) conlleva consecuencias sobre sus posibilidades de desarrollo y realización c) tiene su origen, su raíz, en el pecado.

cumplimiento de su voluntad, así como también de servicio a los demás hombres, llevándoles a la comunión con Dios en Cristo" (Christifideles Laici, 17)

El pecado no es algo estrictamente subjetivo, un problema sólo mío con Dios, sino que se objetiva también en estructuras sociales que violentan los derechos de las personas, que generan violencia institucionalizada.

El cuerpo doctrinario de la DSI se ha condensado en 9 encíclicas²² de carácter social que cubren un periodo de un siglo (desde 1891 a 1991):

- *Rerum novarum*, Leon XIII, 15 de mayo de 1891
- *Quadragesimo anno*, Pio XI, 15 de mayo de 1931
- *Mater et magistra*, Juan XXIII, 15 de mayo de 1961
- *Pacem in terris*, Juan XXIII, 11 de abril de 1963
- *Populorum Progressio*, Pablo VI, 26 de marzo de 1967
- *Octogesima adveniens*, Pablo VI, 14 de mayo de 1971
- *Laborem excercens*, Juan Pablo II, 14 de septiembre de 1981
- *Sollicitudo rei socialis*, Juan Pablo II, 30 de diciembre de 1987
- *Centesimus annus*, Juan Pablo II, 1 de mayo de 1991

Todas estas encíclicas²³ tienen en común por el hecho evidente de constituir una denuncia sobre las causas y efectos de la pobreza y la práctica y no práctica de la equidad, o lo que es lo mismo, de la justicia en términos amplios, entendida no solo como la voluntad de dar a cada uno lo suyo, sino que transformada por la caridad, según la cual el

²² Adicionalmente, forman parte de la doctrina de la Iglesia otros documentos de los pontífices: a) Las exhortaciones apostólicas — *Chisti fidelis laici*, Juan Pablo II, 30 de diciembre de 1988; *Ecclesia in america*, Juan Pablo II, 22 de enero de 1999—; sus radio mensajes —Pio XII, Juan XXIII, Pablo VI—, alocuciones y discursos —Juan Pablo I, Juan Pablo II). También los documentos conciliares como la Constitución sobre la Iglesia en el Mundo de Hoy, del Vaticano II (*Gaudium et Spes*), y aquellos emanados de la Conferencias Episcopales en comunión con el Santo Padre, v.g. las *Conclusiones de Medellin*, (1968); el *Documento de Puebla* (1979), ambos de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM).

²³ Hay otras encíclicas papales que contienen doctrina social, pero que no son consideradas dentro de las denominadas encíclicas sociales, —No por ello menos importantes— entre ellas se mencionan las siguientes: *Divinii redemptivatis* (Pio XI) *Redemptoris hominis* (Juan Pablo II).

que menos tiene debe recibir más porque necesita más. Así lo expresa Pablo VI en la encíclica *Octogesima advenientes*, cuando hacía un llamado por una justicia mayor a favor de una distribución bienes más igualitaria tanto en el interior de las comunidades nacionales como en el plano internacional. (*Octogesima advenientes*, 43).

Juan Pablo II también pone el énfasis en la promoción de la justicia: "El amor por el hombre, y en primer lugar, por el pobre, en el que la Iglesia ve a Cristo, se concreta en la promoción de la justicia. Esta nunca podrá realizarse si los hombres no reconocen en el necesitado, que pide ayuda para su vida, no a alguien inoportuno o como si fuera una carga, sino la ocasión de un bien en sí, la posibilidad de una riqueza mayor." (*Centesimus annus*, 58)

Hay quienes diferencian entre 2 etapas: Una primera que va desde 1891 hasta 1963, esto es entre el Concilio de Trento (1543), y el Concilio Vaticano II (1962-1965). Las encíclicas post-conciliares, de Pablo VI y Juan Pablo II, son más progresistas que las cinco primeras en cuanto remozan, el contenido esencial de las primeras, en cuanto toman conciencia de otras dimensiones y aplicaciones de justicia social —el desarrollo de los pueblos, la urbanización, el puesto de la mujer, las discriminaciones, el desempleo, los medios de comunicación social, la dignidad del trabajo humano, el sentido auténtico de la solidaridad, etc.—

Al exponer ante las Naciones Unidas su encíclica "*El Progreso de los Pueblos*" (1967), Paulo VI sostuvo:

" fuimos el abogado de los pueblos pobres, porque queremos defender las aspiraciones de los hombres; ¿y cuáles son las aspiraciones de los hombres?: verse libre de la miseria; obtener con más seguridad la propia subsistencia, la salud y tener una ocupación digna ... proponemos una visión cristiana del desarrollo, de un desarrollo que no se reduce a un simple crecimiento económico; el desarrollo debe ser integral y promover a todo hombre porque en los designios de Dios cada ser humano está llamado a desarrollarse en lo personal y en lo comunitario "

El imperativo que de aquí nace es el de una lucha por pasar de condiciones menos humanas a condiciones más humanas de vida. No se trata ni de limosnas ni de parches, sino

de la construcción de un mundo donde toda persona pueda vivir una vida plenamente humana.

Los obispos de América Latina han dicho que la pobreza no es casual, sino el resultado de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas injustas, de mecanismos que acrecientan constantemente y a todo nivel las desigualdades.

La DSI tiene como fundamento, —como hemos señalado al inicio de este acápite— a la moral social que se hace presente desde los orígenes del cristianismo, a lo largo de los 20 siglos de la Iglesia. Esa moral social nos remite a las Sagradas Escrituras en que aparecen al menos cuatro modos de entender la pobreza (Ahumada, 1996):

- a) como escándalo ante el hecho inaudito de que algunos se hallen marginados de los bienes que les corresponden a todos
- b) como castigo de Dios frente a una vida pecaminosa, visión que va tener influencia incluso en tiempos de Jesucristo
- c) como el estadio intermedio entre riqueza y miseria en que viven quienes, sin encandilarse con la riqueza, comparten lo que tienen
- d) como “pobreza de espíritu”: pobre es aquél que por no tener nada material a que aferrarse sólo tiene a Dios y en él se apoya

Esta última visión de la pobreza configura la gran tradición del cristianismo: reconociendo y asumiendo su propia miseria el pobre se abre incondicionalmente a Dios; el rico, en cambio, bastándose a sí mismo, vive en estado de pecado, de incredulidad.

V NECESIDAD DE UN CONCEPTO

Todo lo anteriormente señalado, plantea la necesidad de arribar a un concepto, lo más claro posible, de lo que se entendería por “Economía de la Solidaridad”. ¿Cómo definir la “economía de la solidaridad”? ¿Cuáles son sus contenidos teóricos y sus realizaciones prácticas? ¿Cómo traducir esta opción en una actividad académica viable, coherente y plena de sentido?

Como lo destaca el profesor Carlos Casale, del Instituto de Ciencias Religiosas, la palabra solidaridad proviene de la locución latina **in solidus obligari** que significa “responder por el todo”. Con ello se alude al lazo de unión, interdependencia y responsabilidad común que vincula indisolublemente a todos los miembros del grupo humano.

En consecuencia, como concepto, la “economía de la solidaridad” apunta inevitablemente a poner de relieve el carácter mancomunado de la actividad productiva y las comunes e ineludibles responsabilidades que de allí derivan para todos los miembros de la sociedad.

Alude por tanto a una específica forma de mirar los problemas económicos y abordar su solución:

- a) en el plano teórico, representa un punto de vista, una perspectiva de análisis, más que una teoría o enfoque económico particular
- b) en el de la actividad económica, una actitud humana fundamental que define un modo de relación específico entre los sujetos

Dicho modo de percibir, sentir y actuar se funda a su vez en una comprensión esencial en torno al significado y sentido de la vida humana, en una visión del hombre que trasciende las estrechas e irreales premisas antropológicas que subyacen al pensamiento económico convencional

En efecto, en la perspectiva liberal, llevada al extremo por algunas de sus versiones contemporáneas, el ser humano aparece como un sujeto ahistórico y asocial, atomizado, pretendidamente autosuficiente e interesado únicamente en maximizar su beneficio

La economía de la solidaridad asume en cambio, en su más pleno significado e implicancias, el carácter supraindividual e histórico de la experiencia humana en sus diversos ámbitos y dimensiones. Es esta constatación básica, pero a la vez absolutamente esencial, lo que abre el campo de la reflexión ética como algo consustancial a todos los ámbitos de la vida social, incluida la económica.

La reflexión ética orienta y fundamenta el desarrollo de una racionalidad sustantiva que, a diferencia de la meramente instrumental, se interroga sobre el sentido y los fines últimos de la actividad humana.

Por el contrario, el pensamiento económico convencional, fundado en una concepción individualista del hombre y positivista de la ciencia, hace total abstracción de la unidad, pluridimensionalidad y sentido (fines) de la experiencia humana. Surge y se afianza así una visión individualista, instrumentalista y amoral del análisis y la actividad económica, como mera contabilidad y cálculo racional orientado hacia la valorización del capital.

Frente a ese modo de abordar los problemas que plantea el desarrollo de la actividad económica, la economía de la solidaridad aparece como una visión alternativa, capaz de superar los ostensibles sesgos que aquella conlleva e iluminar una práctica económica centrada no en la posesión de los bienes sino en el hombre y sus necesidades fundamentales. La economía de la solidaridad enfatiza, por tanto, el carácter instrumental

del cálculo y la decisión económica, subordinada a las decisiones **políticas** de la sociedad, orientadas hacia el logro de los fines que más convienen a ella

En efecto, la economía de la solidaridad se halla centrada y sustentada en una visión antropológica que reconoce la existencia de necesidades y derechos humanos fundamentales, cuya atención resulta insoslayable. A un mismo tiempo positiva y normativa, plenamente consciente de su vínculo inextricable con todos los ámbitos de la experiencia humana, la economía de la solidaridad es básicamente **una economía de los DDHH**

Como ya hemos visto, el interés en abordar en tales términos el examen de los problemas económicos es hoy cada vez mayor dadas las grandes contradicciones e inequidades que exhibe el mundo actual globalizado. Claras expresiones de esta creciente preocupación son, entre otras, las constantes exhortaciones de la Iglesia y el mayor énfasis que adquieren hoy los problemas de la pobreza y la sustentabilidad ambiental. En el informe del PNUD sobre desarrollo humano 1996 se enfatiza lo que podría considerarse como un postulado fundamental a este respecto:

“ para que el avance del desarrollo sea valioso y legítimo -a escala tanto nacional como internacional- es preciso que se centre en el ser humano, que esté distribuido en forma equitativa y que sea sostenible social y ecológicamente “

En consecuencia, el postulado axiomático llamado a orientar el desenvolvimiento de la actividad científica en este campo del saber no puede ser otro que el posibilitar una vida digna, confortable y segura para todos los seres humanos, en correspondencia con el grado de desarrollo ya alcanzado por las fuerzas productivas.

VI. TAREAS PENDIENTES

Después de completar este primer ejercicio de revisión teórica y aproximación a un concepto, queda pendiente la definición de líneas temáticas generales relacionadas con los contenidos que la Facultad de Administración y Economía pretende profundizar e incorporar como parte operante en los respectivos programas académicos. Para este propósito el grupo de trabajo recomienda la apertura del diálogo académico y la preparación de un documento de tipo compilativo de contenidos, los cuales han de ser analizados e incorporados como parte de la docencia.

Utilizando los textos revisados en la primera etapa investigativa, corresponde la elaboración de una *"selección antológica"* de los principales documentos teóricos, partiendo de los principales enunciados propuestos por los economistas clásicos, a fin de evidenciar la necesidad de encausar los supuestos de racionalidad hacia el campo más bien pedagógico que definitivo y determinista.

Adicionalmente, se introducirán contenidos sobre estudios de pobreza y distribución del ingreso, —puntos de partida podrían ser los postulados propuestos por Amartya Sen, o las reflexiones propuestas por Manfred Max Neef— así como los estudios cuantitativos efectuados por Organismos Internacionales como el Banco Mundial y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

En la antología propuesta ocupará un lugar destacado una recopilación de lo esencial de los documentos que forman parte de la Doctrina Social de la Iglesia, importante referente para la formación de la universitarios de la Universidad a la que todos nos debemos.

BIBLIOGRAFIA

- Ahumada, Abelardo (1996), “Pobreza y doctrina social de la Iglesia”, Revista *Oikos* N° 2, Universidad Católica "Blas Cañas", Santiago.
- Albou, Paul (1968), *Iniciación a la Psicología Económica*, Centro de Estudios Socio Económicos, Universidad de Chile.
- Arrow & Scitovsky (1974), “Ensayos sobre Economía del Bienestar”, Fondo de Cultura Económica, México.
- Artadi, Juan María (1990), “Razón Económica y Razón Ética”,
- Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (1998), *América Latina frente a la desigualdad*. Washington.
- Banco Mundial (BM) (1999), *World Development Indicators*, 1999, Washington.
- Biblioteca de Autores Cristianos (1972), “Ocho Grandes Mensajes”, Madrid.
- Bigo, Pierre, S.J. (1990), ¿Qué es la doctrina social de la Iglesia?, en *Doctrina social de la Iglesia a cien años de la Rerum novarum*, Ediciones Universitarias, Universidad Católica del Norte, Antofagasta, 1991.
- Cantolla Bernal, Enrique (1994), “Evolución del Pensamiento Económico”, Emérida, Santiago de Chile.
- Casale, Carlos (1997), “La solidaridad como categoría central de la praxis y moral cristiana”, *Revista Ciencias Religiosas* N° 4, Santiago.
- Centesimus annus*, Juan Pablo II, 1 de mayo de 1991
- Chisti fidelis laici*, Juan Pablo II, 30 de diciembre de 1988
- Clark, John Maurice (1959) “¿Cómo Influyen Las Instituciones Económicas en el Bienestar Humano?”, Editorial Novaro, México.
- Colomer Viadel, Antonio (1995), “Economía, Sociedad y Estado en América Latina”, Fondo de Cultura Económica, México.

- Contreras, Dante (1999), "Distribución del Ingreso en Chile. Nueve hechos y algunos mitos, Revista Perspectivas en política económica y gestión, Universidad de Chile, Volumen 2, Número 2, pp. 311-332, Santiago.
- Bell, Daniel e Kristol, Irving (compiladores), ""La Crisis en la Teoría Económica", El Cronista Comercial, Argentina
- Duque Hoyos, Recaredo (1979), *Opción por una Ciencia Humanizada de la Economía*, Barcelona, Editorial Herder.
- Ecclesia in america*, Juan Pablo II, 22 de enero de 1999
- Engels, Friedrich (19--), "Esbozo de crítica de la economía política", *Anales franco-alemanes*, MR, Barcelona.
- Erhard, Ludwig (1994), "Economía Social de Mercado. Su valor Permanente", Ediciones Rialp, Madrid.
- Espinoza, J.G. & Zimbalist, Andrew (1984), "Democracia Económica", Fondo de Cultura Económica, México.
- Espinoza, Juan G. (1993), *Hacia una Economía más Humana. Más allá del Libre Mercado*, Nuevas Letras Editores, Santiago de Chile.
- Frank, Robert (1992) *Microeconomía y Conducta*. Madrid, McGraw-Hill/Interamericana de España.
- Fromm, Erich (19--), *Marx y su concepto del Hombre*, FCE, México
- Furtado, Celso (19--), "Objetividad e ilusionismo en economía", en *El desarrollo económico: un mito*, Siglo XXI, México.
- Galindo y Magesini (1994) *Crecimiento Económico*, Madrid, McGraw-Hill, Interamericana de España, S.A.
- Gildemeister, Alfredo (1987), "Compendio de Teorías Económicas y Sociales", Herder, Barcelona.
- Godelier, Maurice (1967), *Racionalidad e Irracionalidad en la Economía*, Siglo XXI editores.

- Herrera, Roberto (1993), *Introducción a la Doctrina Social de la Iglesia*, Editorial San Pablo, Santiago de Chile.
- Hicks, John (1986), "Riqueza y Bienestar. Ensayos sobre Teoría Económica", Fondo de Cultura Económica, México.
- Hirshleifer & Glazer (1994), *Microeconomía, Teoría y Aplicaciones*, México, Prentice Hall Hispanoamericana.
- Huberman, Leo (1973), "Los Bienes Terrenales del Hombre", Quimantu, Santiago de Chile.
- Hurtado Cruchaga, Alberto S.J. (1963), *Humanismo Social*, Santiago de Chile.
- Laborem exercens*, Juan Pablo II, 14 de septiembre de 1981
- Lebret, Lluís Jose, (1968), "La vida económica y social y la promoción de la comunidad de los pueblos", en Rahner, Carlos; Riethmaten de, Enrique, *et al.* (1968), *La Iglesia en el mundo actual. Constitución "Gaudium et Spes". Comentarios al Esquema XIII*, Bilbao.
- López y Martínez (1991), *Economía*, México, Harla.
- MacPherson, C. B. (1979), *La teoría política del individualismo posesivo*, Barcelona, Fontanella.
- Martínez Alier, Joan (1992), *De la Economía Ecológica al Ecologismo Popular*, Barcelona, Icaria.
- Marx - Engels, (19--), *Manifiesto del Partido Comunista*, LE, Pekín.
- Marx, Karl (19--), *Manuscritos: economía y filosofía*, Alianza, Madrid.
- Mater et magistra*, Juan XXIII, 15 de mayo de 1961
- Meller, Patricio (1999), "El modelo económico y la cuestión social", *Revista Perspectivas en política económica y gestión*, Universidad de Chile, Volumen 2, Número especial, pp. 497-194, Santiago.
- Menger, Carl (1985), *Principios de Economía Política*, Orbis.
- Mifsud, Tony, S.J. (1987), *Economía de Mercado, Interrogantes éticos para una acción solidaria*, Editorial San Pablo, Santiago.

Octogesima adveniens, Pablo VI, 14 de mayo de 1971

Pacem in terris, Juan XXIII, 11 de abril de 1963

Pineda Suárez, Carlos Julio, (1999), *Las Empresas de la Economía Solidaria en Iberoamérica*, Mc-GrawHill, Santafé de Bogotá, Colombia.

Populorum Progressio, Pablo VI, 26 de marzo de 1967

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (1999), *Human Development Report, 1999*, Oxford.

Quadragesimo anno, Pio XI, 15 de mayo de 1931

Rahner, Carlos; Riethmaten de, Enrique, *et al.* (1968), *La Iglesia en el mundo actual. Constitución "Gaudium et Spes". Comentarios al Esquema XIII*, Bilbao.

Redemptor hominis

Rerum novarum, Leon XIII, 15 de mayo de 1891

Schumpeter, Joseph (1950), “Ciencia e ideología”, *Revista El Trimestre Económico* Vol. XVII, N° 1, México.

Shackle, (1976), *Epistémica y Economía, Crítica de las Doctrinas Económicas*, Fondo de Cultura Económica.

Silva Solar Julio y Chonchol, Jacques (1965), *El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina*, Colección América Nuestra, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

Smith, Adam, (1776), *La Riqueza de las Naciones*. México, Fondo de Cultura Económica, (Edición en Español, 1958).

Smith, Adam, (1978), *Teoría de los Sentimientos Morales*. México, Fondo de Cultura Económica.

Sollicitudo rei socialis, Juan Pablo II, 30 de diciembre de 1987

Varios Autores (1973), “Autogestión y Desarrollo”, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile.

Jacquard, Albert (????), *Yo Acuso a la Economía Triunfante*

- Katouzian, Homa (1982), “Ideología y Método en Economía”, H. Blume Ediciones, Madrid.
- Lekachman, Robert (1988), “Jaque a los Economistas”, Cuatro Vientos Editorial, Santiago de Chile.
- Tommasi, Mariano & Ierulli, Kathryn (editores) (1995), “The Economics of Human Behavior”, University Press, Cambridge.
- Miralles, Josep (1992), “El Debate del Estado de Bienestar”,
- Razeto Migliaro, Luis (1994), “Las Donaciones y la Economía de la Solidaridad”, PET, Santiago de Chile.
- Rivera, Remigio (compilador) (????), “La Dimensión Social de un Modelo Económico”,
- Vanek, Jaroslav (1977), *The Labor-Managed Economy*, Cornell University Press, Londres.